

FRAGMENTOS DE UN VIAJE A EUROPA EN 1841

O. (M.)*

Mi muy amado señor de todo mi respeto: Burdeos, capital del departamento de la Gironda, está situado sobre la Garona, brazo izquierdo del río que da su nombre al departamento; a 90 kilómetros de la torre de Cordouan, y 616 al sudoeste de París. El almanaque del *Buzó* de longitudes le da 247.000 habitantes, y dice que su latitud es de 40° 50' 19", su longitud 2° 54' 56" O., y la altura de su suelo sobre el nivel del océano 6'6 metros, tomado desde el pavimento de la catedral. Llegamos ayer, entre cuatro y cinco de la tarde, y hospedados en el lugar y modo que verá usted en las de L. y B., que de intento incluyo abiertas, lo primero en que pensamos fue en comer, porque quien almuerza a las nueve y está sin negocios urgentes nada tiene que hacer más ejecutivo a las cinco de la tarde. S. M., el más despejado de nosotros, como viajador consumado, y práctico además en las costumbres del país como hijo de él, dirigió el servicio, y luego comencé a extrañar la manera de él. Pidió sopa para tres, cabeza de becerro en aceite para otros tantos, de un pescado para dos, de otro para cinco, chícharos con azúcar para cuatro y conserva de grosella para igual número; éramos sin embargo cinco los posados en aquel hotel, y en cierto modo la clientela de este señor. Firme en mi idea de no juzgar por las primeras impresiones, esperé pacientemente el resultado de lo que yo suponía ayuno, y que me parecía tanto más extraño cuanto que quien lo había recetado es no solo conocedor, sino aficionado en gastronomía, y está acostumbrado, como es fácil advertírsele, a estar en buenas mesas.

La sopera que trajeron contenía una *purée aux croûtons*, que es lástima que no sea común en México, y que fue no solo suficiente, sino abundante; lo fueron igualmente los demás platos, y la conversación que sobre ellos promoví me hizo saber que la porción de cada uno es abundantísima, de manera que bastan dos para saciar a cualquiera y que, por lo mismo, quien sabe dirigir los pedidos cuando hay dos o más personas juntas sabe proporcionarles variedad, sin aumentar los costos de una comida ordinaria. En efecto, la más ordinaria consta de cuatro platos y nosotros habíamos comido bastante de seis sin que el costo fuera mayor, lo que calificué en mi interior por uno de los adelantos europeos en economía doméstica y una de las más agradables combinaciones de los usos del país: generalmente cada plato contiene para dos que piensen comer tres o cuatro cosas.

Como las representaciones comienzan tan temprano y la mesa sirve con tanta lentitud, pues cada plato pedido tiene a veces que comenzar por la cochura del obje-

* O. (M.), «Fragmentos. Un viaje a Europa en 1841», *El Museo Mexicano*, II (1843), pp. 217-218.
<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a376?intPagina=226&tipo=publicacion&anio=1843&mes=01&dia=01#bajar>

to, apenas nos levantamos cuando ya era hora de ir al teatro. Como me había propuesto hacer lo que los demás mientras estuviera en su compañía, yo también fui; a mi propósito se agregaba el deseo de ver este teatro tan ponderado y que pasa por el primero de Francia en cuanto al material. Y tienen razón: el edificio es hermoso, vasto, regular, y aun puede decirse magnífico en su exterior; interiormente corresponde más al número de concurrentes que podrá contener diariamente que a los tamaños exteriores; quiero decir que la sala es más chica de lo que pudiera esperarse. Está pintada con el mal gusto que indica siempre la multiplicidad de colores y la profusión de dorados; pero es bonito, y sus palcos, enteramente distintos de los nuestros, tienen la forma de balcones salientes: la línea que ocupan nuestros primeros es aquí una amplia cornisa sobre el patio que tiene asiento en gradas, y detrás los palcos primeros o *loges du premier*; la *parterre* (nuestro patio) está mucho más inclinada que la nuestra, lo que favorece la mejor vista aun desde sus últimos asientos; nuestra cazuela, que aquí se llama chistosamente *paraíso*, no sobresale de los muros de apoyo y sostiene a sus concurrentes con cuerdas como entre nosotros. Nos colocamos en la galería de los primeros enfrente de las tablas, y como cuando llegamos ya había comenzado la presentación de la pieza, que estaba ya en su desenlace, no sabré decir a usted nada sobre ella. Creí que sería una cosa del gusto del público burdalés por lo mucho que aplaudió; pero no pude entender su objeto ni me acuerdo del nombre que tenía en el cartel. Durante el entreacto nos salimos no solo de la sala sino del teatro todo a fumar nuestros cigarros, pues no nos lo hubieran permitido ni en la puerta exterior.

Cuando volvimos entré muy contento, pues lo que seguía era una parte del *Moisés* y, como conozco esta ópera, me prometía hacer comparaciones que no me era posible en lo demás a falta de término. Mi esperanza de gozar un buen rato se aumentó cuando apenas comenzada la representación salió Moisés, porque fue acogido con tal entusiasmo y con tantos aplausos que supuse sería un artista eminente. ¿Podía yo adivinar que este mismo entusiasmo, degenerado en la más indecente furia, debía privarme enteramente del espectáculo? ¿Podía yo ni sospechar lo que se siguió y determinó a mi alemán a irse a dormir, ni cómo pudo tal determinación, unida a mi aburrimiento y mis distracciones, cerrarme dentro de poco las puertas del teatro? Pues lo cierto es que nada bueno vi. El palmoteo se prolongó, fueron agregándose a él silbos y gritos de reprobación, patadas, golpes sobre las bancas y cuantos ruidos puede producir el hombre desprovisto de tambores, campanas, cañones y demás instrumentos estrepitosos: la bulla era espantosa, el aire tanto y tan diversamente agitado comunicaba su vibración hasta a los asientos..., tal vez hasta los muros... Si el Juicio Final debe anunciarse con ruido, pocas imágenes podrán verse de él más semejantes que esta groserísima escena. Duraba ya más de ocho minutos cuando el mer (*maire*, magistrado civil), que varias veces había ensayado en vano hacerse oír, logró por fin un semisilencio y lo aprovechó en decir que quedaba admitido H., tal actor, puesto que una mayoría inmensa sufragaba por él; que... Fue imposible saber lo que seguía diciendo: el ruido continuó con mayor estrépito como si hubiera sido represado. Los actores esperaban, mudos y viéndose unos a otros, el resultado de tal frenesí; los espectadores desinteresados estábamos mohínos y violentos, y los gritones solos triun-

faban y se complacían en cantar su victoria. En verdad no puedo concebir, a pesar de haberlo presenciado, cómo seres que parecen racionales se pueden entregar a tal delirio, y para expresar este ruido se me viene involuntariamente a la memoria el ridículo ejemplo que cierto *arte poético* nos propone como modelo de las imitaciones latinas:

Trápala, trisca, barahúnda, chacota,
húndase la casa, toda la gente clama.

Mi alemán, que ya había ocupado en cierta indicación a nuestro buen muchacho el burdalés que desde el patio donde estaba había venido a hablarnos, le suplicó que lo acompañara a la posada porque no sabía, dijo, irse solo, y deseaba retirarse ya. El pobre tenía razón: no conociendo ni una palabra del francés, y siendo además poco aficionado al teatro, había venido solo por acompañarnos, y la música que nos daban los alborotadores no era propia para reconciliarlo con las tablas. Pareciéndome que no sería grato para nuestro hospedado dejar la compañía de sus paisanos e interrumpirse por segunda vez en sus goces, y deseando al mismo tiempo servir de algo, descansar mis orejas algunos minutos, pues hacía más de veinte que me zumbaban, me ofrecí por conductor y nos salimos inmediatamente.

Cuando reflexioné que no había yo cuidado de pedir a nuestra salida los boletos necesarios para volver a entrar, ya no era tiempo de hacerlo, y aunque me pesaba haber dejado a mis compañeros sin despedida, no quise exponerme a que me rehusaran la entrada sin entrar en las explicaciones necesarias para ella, ni menos aún comprar nuevo boleto; así pues, me resolví a quedarme con mi compañero de cuarto y aprovechar un rato en escribir esta.

Antes de acabarla debo decir a usted que el aspecto que Burdeos presenta de noche me ha parecido más agradable aún que el que tiene de día: como el comercio continúa abierto hasta muy tarde, y como casi todas las tiendas están lujosamente decoradas y con una iluminación abundantísima, la vista está como encantada. Pero entrando en casa el contraste no puede ser mayor. El mezquino quinqué que alumbra la escalera de caracol apenas extiende su benéfica luz a las primeras vueltas; cuando subimos con nuestra vela, no hacía falta; pero ahora que he bajado y vuelto a subir solo, extraño mucho tal incuria en una casa, que por lo demás me parece muy buena. También tengo que hablar a usted de nuestro cuarto a fin de darle idea de lo que aquí llaman *hotel meublé*: estamos en un tercer piso porque no había otro desocupado; nuestro cuarto tiene a cada lado de la puerta, en los rincones, amplias alacenas; enfrente de aquella, la chimenea con su cornisa de mármol, su grande espejo y dos ventanas a los lados con sus respectivas colgaduras; enfrente de cada ventana hay una mesita con una botella blanca, un vaso, un pichel, un lebrillo y dos servilletas o toallas; de estas mesas siguen nuestras camas que son de caoba, y consta la dotación de cada una de un jergón llamado *paillasse* por estar lleno de paja, un colchón de pluma encima y otro más de lana sobre este; de amplísimas y muy limpias sábanas de cáñamo, un bolillo de plumas y un *oreiller* que diferencia de nuestras almohadas por la forma, que aquí es cuadrada, y el relleno, que es de plumas también, y una manta, frazada o sobrecama de algodón, muy suavcita. Los pies de la cama corresponden a las ventanas.

Hacia la cabecera está un [...] con su correspondiente vaso y en medio del cuarto una mesita redonda.

Pero ya es medianoche. El tiempo, cuando no estamos esperando, pasa con la velocidad que ha dado ya lugar a tantas reflexiones, y, aunque no tengo sueño, la hora y la descripción que he procurado dar de la buena cama me están diciendo: «Acuéstate»; y yo contestaré como repite a cada instante el sabio médico que usted quiere tanto: «Obedezco».